

El estudio independiente

El ejercicio de la profesión médica requiere de una actualización permanente. La imponen tres factores: el avance del conocimiento científico, el de la tecnología médica, y las necesidades de los receptores de la atención médica.

La pretensión de que el médico adquiere, a su paso por la escuela de medicina, el conocimiento y la preparación suficientes y necesarios para un buen ejercicio durante toda su vida profesional, es ilusoria. Se han desarrollado los programas de educación continuada; pero, amén de que no todos los médicos tienen acceso a ellos, sus resultados no son satisfactorios.

La atención médica —es decir los pacientes— sufre las consecuencias de la ignorancia y las deficiencias de capacidad de un gran sector de médicos. No siempre los que más necesitan mejorar su ejercicio profesional son los más motivados para hacer uso de los programas de enseñanza continuada. En este sentido, la atención médica afronta un grave problema. ¿De qué se deriva la pasividad del médico ante la necesidad de actualización?

Consideramos que existen dos factores primordiales: la motivación y los hábitos de estudio.

Respecto al primero, el análisis de quienes son los que se motivan a buscar información, a estar en contacto con el mundo científico, a adoptar nuevas soluciones tecnológicas, nos dice que son aquéllos que, además de la curiosidad personal, están incluidos en un ambiente académico que refuerza esa actitud. Un ambiente que propicia el análisis y la discusión de los resultados y efectos de la práctica médica: que

estimula la participación del médico en la capacitación de personal; que ofrece reconocimiento al mérito personal. El principio de que “toda conducta es motivada” implica que una conducta —en este caso la de aprender y modificar las prácticas médicas— debe ser significativa, es decir, ligarse a las estructuras intelectuales y afectivas de cada persona. “Nadie aprende si no tiene necesidad” es una afirmación complementaria de la anterior. Si la rutina me aliena; si el resultado de mi trabajo da lo mismo que sea bueno o malo; si siento que lo que sé, o logre saber, no es trascendente, no beneficia o mejora a terceros, o a mí mismo; entonces, ¿vale el esfuerzo y el gasto de energía que representa aprender?

El segundo factor, los hábitos de estudio, constituye lo que podremos considerar el núcleo de la educación continuada, de la actualización. Se ha dicho que “el hombre es un animal de costumbres”, en efecto, las costumbres tienen como base a los hábitos. Los hábitos pertenecen al género de conductas automáticas; su atributo principal es que son económicas en el sentido de que, tanto su desencadenamiento como su ejecución no requieren efectuarse bajo atención consciente. Si toda la esfera de conductas habituales cotidianas hubieran de ser efectuadas bajo atención consciente, el organismo tendría un gasto de energía psíquica mayor, y se inhibirían muchos procesos intelectuales que requieren de la atención consciente. Para ejemplificar, podemos poner la hipotética situación de que para conducir un automóvil tuviésemos que razonar cada uno de nuestros movimientos, maniobras y reacciones, ante las eventua-

lidades del tránsito, en forma semejante a cuando aprendimos a conducir; en primer lugar, la efectividad de la conducción se vería disminuida, y nuestro aparato psíquico se saturaría. El estudio se basa en un buen hábito, ya que si estudiar dependiera de un elaborado proceso de decisión consciente, tal como sucede a muchas personas, el número de actos de estudios decrecería. Un hábito debe estar encadenado a otros eventos o conductas, en forma tal que esos eventos o conductas automáticamente desencadenan el hábito.

El hábito del estudio no se genera espontáneamente. Como todas las conductas automáticas, se instala en base a una repetición y a un reforzamiento; desde el punto de vista afectivo, al igual que otras actitudes, se copia de prototipos vivientes, de personas que tienen un ascendiente afectivo. De esta manera, los hábitos intelectuales en una familia son determinantes en el desarrollo de los hábitos de estudio. La escuela puede actuar como inhibidora de la instalación de hábitos de estudio en los alumnos. Si el sistema de enseñanza pretende comunicar oralmente toda la información que debe poseer el alumno, estimula negativamente el desarrollo de hábitos de estudios, y el estudiante habituado a recibir información oral, seguirá dependiendo durante su vida profesional de una fuente de información oral, si existe; o, en el peor de los casos esta fuente será comercial, el agente del laboratorio farmacéutico.

Estudio independiente significa un propósito deliberado de la escuela, en este caso la de medicina, por formar los hábitos de estudio y la capacidad para la

búsqueda dirigida de la información. Esta última con el propósito de que ante problemas novedosos, o aquéllos cuya solución sea insatisfactoria, el profesional pueda moverse eficientemente en la maraña de información, usando de los medios y técnicas apropiadas. El desarrollo de esta capacidad para los que no tuvieron el privilegio de adquirirla en el ambiente familiar o en los ciclos escolares previos requiere de:

1. El desarrollo de una metodología y tiempo curricular para institucionalizar actividades que promuevan el estudio independiente: seminarios, sesiones clínicas, sesiones bibliográficas.
2. La existencia de reforzadores, principalmente los profesores, que a su vez constituyen modelos vivientes de esta actitud, que faciliten su imitación por el alumno.
3. Los medios materiales, recursos y servicios bibliográficos y audiovisuales al acceso del alumnado, del tipo del centro de recursos para el aprendizaje.
4. La capacitación inicial del alumno para usar los recursos para su información, para organizar su tiempo, y para desarrollar las habilidades básicas.

Es mediante el desarrollo de la capacidad para el estudio independiente como se puede asentar la base para la educación continua y para la investigación: procesos inhibidos en nuestro medio.

José Manuel Alvarez Manilla